

JUICIO FINAL.

I.

Propter hoc omnes manus dissolventur, et omne cor hominis contabescet, et conteretur.

Por esto todos los brazos perderán su vigor y energía, y todos los corazones de los hombres desfallecerán y serán quebrantados.

(ISAÍ. XIII, 7 ET 8.)

¿Hasta cuándo ha de durar la perversa locura del hombre? Hace ya más de seis mil años, que la divina clemencia derrama á manos llenas sus dones por todos los ámbitos del mundo: inunda de luz los espacios, cubre la tierra de verdura, siembra tesoros en los abismos, y adorna con innumerables bellezas el reino todo de la naturaleza... Y esto no obstante, el hombre peca. Redobra aquella su amorosa sollicitud, procurando atraerse con el estímulo de las gracias la mente y el corazón del hombre, restituyéndole á la vida eterna, nombrándole hijo suyo y heredero de su inmortal reino... ¡Y sin embargo, el hombre vuelve á pecar! Mas, no por esto desiste la clemencia divina de su generoso propósito, ántes bien persiste en él con la mayor insistencia: otorga al hombre nuevas gracias, halágale con nuevos favores, concédele dilaciones y perdones, calla, disimula, espera á que llegue el día de su arrepentimiento. Pero, el hombre, insensible á tantas demostraciones de amor, se obstina más y más en el pecado; prueba evidente de la loca osadía, de la alevín ingratitud, y de la negra perfidia que abriga en su corazón y le mueven á pecar.

Pero, ¡ay de los que así provocan la cólera de aquel Dios, en cuya presencia tiemblan y se inclinan los cielos! ¡Ay de los pecadores impenitentes! porque este omnipotente Dios ha señalado un día, último en la sucesión de los siglos, en que callará la clemencia, y solo triunfará la justicia: justicia vengadora y tremenda, como emanada de la suprema Majestad ultrajada; justicia estrepitosa y potente, que tiene á las criaturas todas por ministros; justicia inmensa é incontrastable,

que, viniendo cual impetuoso río sobre los pecadores, vengará el honor ultrajado de Dios, y convertirá la osadía en espanto, la ingratitud en confusión y la perfidia en ruina. Pueblos, lenguas, tribus, despertad, por fin, del fatal sueño en que estais sepultados; y volviendo á mejor acuerdo, procurad evitar los males tremendos que os amenazan. El día final, para los impíos, irá precedido de horrores; y por esto será día de terrible espanto: *Omnes manus dissolventur*. Irá acompañado de severas acusaciones; y por esto será día de horrorosa confusión: *Omnis cor hominis contabescet*. Irá seguido de eterna condenación; y por esto será día de irreparable ruina: *Omne cor hominis conteretur*.

Cordero inmaculado de Dios, dad, os ruego, fuerza á mi lengua, y convertidla en una aguda espada que penetre hasta el fondo de los corazones, á fin de que el impío, temeroso de vuestra cólera, y atraído por vuestra clemencia, se convierta á vos, y llegue alegre y seguro al día de vuestras venganzas. Os lo pedimos, por la intercesión de la Virgen. A. M.

1. El día final irá, para los impíos, precedido de horrores, y por esto será día de terrible espanto. Suspendido el curso de la naturaleza, y sumidas las cosas todas en el más profundo silencio, parece, que oigo á mi alrededor el vago sonido de una voz, que clama á lo lejos y se acerca y aumenta progresivamente... ¡Qué es esto! ¿quién me habla? ¿quién me llama y me despierta del profundo sueño en que yazgo? ¡Gran Dios! es la terrible trompeta que llama á los muertos, para que se levanten y comparezcan ante el tremendo tribunal. ¿Qué haré? ¿acudiré? ¿me quedaré?... *Surgite*, clama una voz potente; y toda la tierra se estremece y conmueve... *Surgite*, y los sepulcros, las urnas, el mar y los abismos, restituyen sus muertos y los sacan á la luz del día... *Surgite*, y véanse por todas partes los dispersos huesos, los músculos y las cenizas revolverse entre las arenas, y agregarse unos á otros: el pié se une con la pierna, el pecho con el vientre, la cabeza con el busto, los brazos con el tronco; y las membranas, los tegumentos y la piel, adáptanse ordenadamente á cada una de estas partes, restituyendo al todo la forma humana... *Surgite*, y las almas solitarias y desnudas entran cada una en su cuerpo, unas alegres, otras tristes; pero, obedientes y presurosas todas.

¡Oh! ¡si viérais qué cambio tan grande ofrecen estos cuerpos resucitados! Los de las almas buenas, ántes marchitados por el llanto y las tribulaciones, y macerados con los ayunos y abstinencias, muéstranse ahora hermosos, lucidos, súbiles y revestidos de una juventud

inmortal; mas, los de las almas réprobas, en otro tiempo tan regalados y lozanos, y á quienes la torpe liviandad de los mundanos convirtiera en una especie de divinidades, ahora, escualidos, macilentos y fétidos, inspiran compasion y horror.

Miéntas que las generaciones pueblan é inundan la tierra, la voz de la trompeta no cesa de clamar: Venid, venid, que el Juez os llama al valle de Josafat. Asi como en el otoño caen las hojas arrebatadas por el frio aquilon, y llevadas en rápido remolino, caen y se reúnen en las cavidades del suelo; de la misma manera, á la voz de la celeste trompeta, las gentes todas acúden presurosas y se congregan en el terrible valle. Cuantas legiones condujo á Grecia el poderoso Jerjes, cuantas acaudilló el temido Anibal, cuantas se reunieron bajo los estandartes caldeos, asirios y romanos; en una palabra, cuantos moradores, por una larga série de siglos, poblaron la tierra, desde el uno al otro polo, todos, sin excepcion de edad, sexo ni condicion, creyentes é infieles, predestinados y precitos, todos á un mismo tiempo dirigen sus pasos hácia el temido tribunal.

Venid, mundanos soberbios, y contemplad este nunca visto espectáculo. Los nobles no tienen títulos, los príncipes andan sin cortejo, los magistrados carecen de divisa; el esclavo deja á sus espaldas á su señor, la criada camina al lado de la dama, el rústico no cede el lugar al togado; todos, en revuelta confusion, siguen el mismo camino. ¿Dónde está el orgullo de los poderosos, que discurrían con ademan altivo por calles y plazas, y en quienes la humilde plebe no se atrevía á fijar los ojos? Vedles ahora á todos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, soberbios y humildes, comparecer á presencia de su comun Señor, llevando por único distintivo sus virtudes ó sus vicios.

Así caminan todos, impulsados por una fuerza irresistible; pero ¡ah! ¡qué horrorosas escenas se ofrecen á sus ojos durante el camino! «La tierra, que en otro tiempo nos acogió cual madre bondadosa, ahora, agitada por la cólera de Dios, conmuévase y retiembla; y los robustos montes hiéndense por medio, desde las cimas, hasta los cimientos.» Cámbianse las sinuosidades y los accidentes del suelo, y todos andan vacilando y á tientas en medio de una profunda oscuridad que todo lo envuelve. «Los vientos procelosos, soplando con impetuosa furia, arrancan los bosques, y el borrascoso mar agita bramando sus revueltas olas, hasta salvar los límites que le señaló el dedo de Dios. En vano busca el hombre con inquieta mirada los antiguos esplendores y magnificencias del cielo:» el sol se ha oscurecido, la luna despide tan solo una luz opaca de color sangriento, las estrellas han desaparecido en medio de las universales tinieblas. Acabóse el

tiempo, cesó el movimiento, concluyeron las estaciones, el mundo está trastornado: el género humano se halla ya universalmente congregado en el recinto pavoroso.

¡Oh terrible y temerosísimo valle! mis rodillas tiemblan y mis piés vacilan al pensar en el juicio que en tí se ha de verificar. ¿No habrá alguno, entre tantos, que me sirva de abogado?... Sí, ya os conozco, buena viuda, pobre jornalero, venerable sacerdote... Callad, callad, os ruego, las ofensas que os hice, el daño que os causé, el poco respeto... Pero ¡ay de mí! ábrese la inmensidad del cielo, «y un vivísimo relámpago brilla é ilumina los espacios.» Desciende hasta la tierra una inmensa raya de color de sangre. «Millares de voces entonan con marcial acento un himno majestuoso en honor del Altísimo.» Ved, oh pueblos, cuál resplandece la cruz. «Fórmanse los ángeles en ala, y sale de en medio de ellos un tribunal que tiene la tierra y el mar por asiento.» Llorad, llorad amargamente, oh judíos, gentiles, ateos, que lo negasteis; herejes, cismáticos, apóstatas, que renegasteis de él; incrédulos, libertinos, fanáticos, que lo tomasteis por objeto de irrisión. Vedle ahora, ved al Dios terrible, sentado en su trono. «Tiene el manto de justicia en los hombros, una espada de dos puntas en la boca, y el arco iris por corona.» Cuando habla, sale de su boca fuego, granizo, nieve, relámpagos y espíritu de tempestades. A una sola mirada suya, se inclinan las esferas; y á un solo movimiento de sus cejas tiemblan de espanto las naciones... Severo en su continente, tremendo en su majestad, inflexible en su rigor... ¡Ah! ¿quién es capaz de soportar tan grande cólera? ¿quién no cae aterrado ante tan horrendo espectáculo?

Ahora recuerdo aquel ejemplo que propuso el profeta Amós. Un malhechor, perseguido de muerte, acosado por sus perseguidores, se interna en una soledad inculta, donde espera ponerse en salvo á favor de la escabrosidad del terreno; cuando de repente le sale al paso un leon rugiente, que apenas lo ve, se lanza en pos de él. Huye el infeliz por el siniestro lado, y logra evitar el peligroso encuentro... pero, en breve, se le presenta una osa descomunal, que, rugiendo de furor y de hambre, amenaza devorarlo. ¿Qué hará el desdichado en tan apurado trance? Tal vez hallará proteccion y auxilio en aquella choza que no léjos de allí se descubre. Corre á ella desalado; mas, no bien penetra en el deseado asilo, una horrible y venenosa serpiente se le avalanza y le clava los emponzoñados dientes. ¡Oh cruel ansiedad, oh terrible apretura! ¿Adónde buscará el mísero un medio de salvacion? Por un lado, le persiguen los hombres; por otro, le acosan los leones; por otra parte, se le avalanzan los osos; dentro de la choza, le muer-

den las serpientes; por fuera, la soledad y las fragosidades del monte le amenazan con mil peligros, en su interior la idea de su delito y el remordimiento de su conciencia, no le dejan sosegar un punto... Por fin, el desventurado, lleno de congoja, apuradas sus fuerzas, y sin esperanza alguna de auxilio, se abandona á su funesta suerte.

¿Qué será, pues, oh pecadores empedernidos, en el día de las venganzas, cuando la naturaleza toda se convertirá en un cuadro de horrores? El temeroso sonido de la trompeta, la tierra vomitando muertos, la general consternacion de los hombres, la humillacion de la humana grandeza, la fuerza invencible que os empujará hácia el lugar del juicio, el severo continente del Juez supremo, ¿no bastarán para conmoveos y arredraros? ¿Quién de vosotros no se llenará de espanto, al ver que los rios quedan en seco, que las montañas vacilan y se desploman, que los planetas chocan y se despedazan, que el firmamento cae y el mundo todo se derrumba? ¡Ah! el temor y la consternacion serán tan grandes, que los impíos temblarán y llorarán de desesperacion á la idea de sus pecados: la sangre se les helará en las venas y desmayarán todas sus potencias. En suma, el día final irá para los impíos precedido de horrores, y, por lo mismo, será para ellos un día de terrible espanto: *Propter hoc omnes manus dissolventur.*

2. En segundo lugar, el día final irá acompañado, para los impíos, de terribles acusaciones, siendo, por lo tanto, un día de horrorosa confusion. Mientras que las gentes permanecen inmóviles y mudas de espanto, brilla de repente en el tribunal del Juez una luz, que desciende é ilumina funestamente lo íntimo de los corazones: *Illuminabit abscondita tenebrarum, et manifestabit consilia cordium.*

¿Qué espectáculo se presenta á los ojos de todos! ¿qué tumulto, qué confusion se promueve al rasgarse ese velo, que ocultaba los secretos de la conciencia! ¿Cómo se desesperan los impíos, cómo lloran de vergüenza al ver descubiertos á los ojos de todos sus pecados y maldades! Pero, inútil es ya el llanto y el arrepentimiento: fuerza es que sucumban bajo la triple acusacion de sí mismos, de los otros, y de Dios.

La luz vivísima de aquel terrible día penetrará hasta el fondo de tu corazon, oh mal aconsejado pecador, y le pondrá de manifiesto todos tus vicios é iniquidades. Verás entónces el retrato de tu alma deforme y torpe, despojada de las bellezas con que el Criador la adornó, y toda plagada de horrendas monstruosidades. Verás el necio orgullo con que quisiste levantarte hasta las estrellas; verás el carnal apetito con que te revolcaste en el lodo de las más vergonzosas obs-

cenidades; verás la infame hipocresia bajo la cual ocultaste tus vicios. Todas tus maldades, todos tus vicios, se pondrán al rededor de tu cuerpo á modo de vestidura, y te comunicarán sus horrendas formas. Aparecerás con la boca monstruosamente grande y abierta en actitud de vomitar indecencias, con los ojos inflamados por el fuego nefando de la lascivia, con los sentidos y el corazon estragados y corrompidos; aparecerás, en fin, despojado de todas las nobles calidades de hombre, y con todas las formas y ademanes del más despreciable bruto. Vana será entónces, oh malvados, vuestra desesperacion, vanos vuestros clamores, vuestras súplicas y vuestras lágrimas; pues, nunca jamás se os quitará de la vista la horrible imágen de vosotros mismos. Al presente la obcecacion, la ignorancia, la vanidad y el mal ejemplo, convierten el corazon humano en un agitado mar, entre cuyas turbias y revueltas olas se ocultan los vicios; pero, al brillar los resplandores del último día, el mar recobrará la calma, y dejará ver en su fondo los innumerables reptiles que contiene; á cuya vista los pecitos se llenarán de vergüenza y de horror, y serán los primeros acusadores de sus propios crímenes.

¿De qué os sirve, hombres inícuos, disimular ahora el fraude con la prudencia, la violencia con la falsa equidad, la usura con un fingido amor al prójimo, y buscar para la perpetracion de vuestros crímenes los lugares más recónditos y tenebrosos? ¿De qué aprovecha, digo, vuestro disimulo, si en aquel día de general inquisicion, verán todos claramente, sin que vosotros se lo podais impedir, las buenas obras que omitisteis, los malos pensamientos que tuvisteis, las maldades que cometisteis, en una palabra, el número, las causas y circunstancias de todos vuestros pecados?

¡Oh Dios, qué terrible espectáculo! ¿Visteis, alguna vez, llevar enjaulada de ciudad en ciudad una fiera alimaña, famosa por el espanto y la desolacion que sembró en los campos y comarcas? Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos se apiñan á su alrededor, y procuran pellizcarla, herirla y atormentarla de mil maneras, recordando, indignados, la consternacion de los pastores, el destrozo de los rebaños y las devastaciones causadas por el feroz animal. Pues, no de otra manera se agrupan al rededor del inícuo, llenos de furor, los ángeles y los demonios, los hombres buenos y los malos, todos á un tiempo.—Mirad, mirad aquel hombre, que despreciaba el auxilio de Dios, y ponía toda su confianza en su propio poder: ved, ahora, como anda cabizbajo y confuso.—Hija mia, ¿ves aquella vieja?—Sí, es aquella mujer, que me dieron por guardadora, y quiso convertirse en instrumento de mi deshonra.—Criado, ¿conoces á aquél que fué tu amo?

—¿ Si lo conozco, dices? Bien á pesar mio le conozco, pues le servi muchísimos años, y me negó los salarios.—Artesano, ¿sabes quién es aquél magnate?—Ojalá no lo supiese. Trabajé por él dia y noche, y me pagó con amenazas.—Pupilos, menores, discípulos; ¿no veis allí abajo vuestros tutores y maestros?—Demasiado los vemos, y pluguiera á Dios que nunca los hubiésemos visto. Ellos soltaron las riendas á nuestras pasiones, dando ocasion á que corriéramos desenfrenados por el sendero de la perversidad; y si alguno de nosotros se sustrajo á su fatal dominacion, llevó impresas las señales de sus crueles manos, cuál pájaro que escapa de las garras del gavilan. Miranos, cruel Neron, nosotros somos aquellos infelices á quienes quemaste vivos. Nosotros somos, bárbaro Diocleciano, aquellos cuyas carnes palpitantes arrancaste á pedazos, gozándote en nuestros tormentos. Nosotros, oh heresiarcas, somos aquellos á quienes perseguisteis. Nosotros, en fin, oh católicos, somos aquellos desgraciados infieles, que nacimos y morimos fuera del gremio de la Iglesia; pero ¿qué fruto habeis sacado vosotros, codiciosos, soberbios y lujuriosos, qué fruto habeis sacado de vuestra religion augustísima? ¡Ah! si entre nosotros hubiese brillado aquella luz que á vosotros os iluminaba, no hay duda que nos hubiéramos aprovechado de ella para convertirnos y salvarnos. Justo es, pues, el tremendo castigo, que os prepara la cólera de Dios.

Pero, todas estas acusaciones, aunque terribles de suyo, son nada en comparacion de las justas y tremendas recriminaciones de Dios. Relámpagos, que deslumbráis los ojos; truenos, que ensordeceis los oidos; rayos, que derribáis las alturas, paraos y enmudeced. Humillaos, cabezas soberbias, frentes altivas, semblantes protervos; humillaos hasta el polvo, que habla el Juez supremo. *Ego sum*. Yo soy, dirá al pecador, yo soy aquél Jesús, hijo eterno de Dios, que, por libraros de la muerte, acepté las injurias de la plebe, el oprobio de los hombres, y la cruel y afrentosa muerte de cruz. Mira mi sangriento semblante, mi cabeza coronada de espinas, mis manos y mis piés traspasados, mis espaldas, mis costados y mis miembros todos magullados y llagados. ¿Qué más podia yo hacer por tí? Pero tú ¿qué has hecho para recompensar mis beneficios? Nada; muy al contrario, no has omitido medio de mostrarme tu ingratitud. No contento de abandonar á mis pobres, los maltrataste; no contento de olvidar mi nombre, blasfemaste de él; no contento de negar el respeto á mis templos, los profanaste; no contento de menospreciar á mis siervos, los calumniaste; no contento de quebrantar mi ley, te mofaste de ella. ¿Es posible, que á tanto te hayas atrevido tú, á quien regeneré con mi

muerte; tú, á quien auxilié con mi gracia; tú, á quien prometí en recompensa de tu amor la gloria eterna? ¿Tú, miserable gusano de la tierra; tú, vil puñado de lodo y de podre? Tú tuviste en mí el amigo más fiel, el donador más espléndido, el padre más amoroso; y, sin embargo, nadie como tú se me mostró tan desapegado, ingrato y traidor. Te di la existencia, y la empleaste en ofenderme; te iluminé con mi fé, y la oscureciste con tus vicios; te alimenté con mi carne, y la convertiste en veneno; te llamé, y huiste de mí; te amenacé, y te burlaste de mis amenazas; te perdoné, y volviste á ultrajarme; esperé con paciencia tu arrepentimiento, y te obstinaste en el pecado; procuré atraerte con mis dones, y me correspondiste con ingratitud; te castigué, y te rebelaste; multipliqué yo mis favores, y tú multiplicaste las ofensas. A la ambicion añadiste la avaricia; á la avaricia, la lujuria; á la lujuria, la impudencia; á la impudencia, la opresion; á la opresion, la calumnia; á la calumnia, el odio; al odio, la venganza; á la venganza, la crueldad; á la crueldad, la impiedad, la perversidad, la demencia contra mí, contra tí mismo, contra el prójimo... malo en la adolescencia, peor en la juventud, pésimo en la vejez; y no contento de ofenderme tú solo, concitaste á los otros contra mí, para multiplicar el número de las ofensas. Oye como claman venganza contra tí aquellas doncellas, aquellos criados y aquellos hijos tuyos, á quienes con palabras y malos ejemplos arrastraste desapiadadamente al pecado. ¿No ves con qué enojo te miran aquellos ángeles, aquellos sacerdotes, aquellos santos, de cuya intercesion y auxilio tan indignamente abusaste?... ¡Ingrato, traidor, infieo! ¿pensabas, acaso, que disimularia siempre, y me haria cómplice de tus maldades, dejándolas impunes? Habla, responde, discúlpate, si puedes, de tus delitos, evita tu confusion.

Harta razon teneis, oh Dios mio; justa es vuestra indignacion por los pecados de los hombres: mas ¿cuál de los vivientes podrá justificarse delante de vos, que hallais perversidad en vuestros mismos ángeles? Callaré, pues, en vuestra presencia, oh mi Señor y Dios, ántes que alegar temerariamente alguno de mis supuestos méritos. Pero, ¿cuál será entre tanto la vergüenza, la confusion y el abatimiento de los impíos, ante las acusaciones de su propia conciencia, de los otros, y de Dios! ¡Ah! rogarán á los montes que los sepulten, á la tierra que los cubra, á la muerte que los libre del terrible conflicto; mas, los montes, la tierra y la muerte serán sordos á su voz. Se zaherirán y recriminarán unos á otros con rabioso enojo; pero, con las mútuas recriminaciones se acrecentará el baldon de todos. Se arañarán la frente para borrar las señales de su ignominia; pero, sus esfuerzos servi-

rán tan solo para hacerla más visible. Tristes, taciturnos y ceñudos, inclinarán la cara al suelo; pero, una mano poderosa se la hará levantar á pesar suyo, convirtiéndola en objeto de general escarnio. En suma, el día final será para los impíos de terribles acusaciones, y será, por lo tanto, un día de lacrimosa confusión: *Propter hoc omne cor hominis contabescet.*

3. A los horrores y acusaciones sucederá en el día final la condenación, siendo, por lo tanto, un día de irreparable ruina. A semejanza del pastor, que al acercarse la noche divide su rebaño en partes, poniendo á un lado los cabrones inmundos, y á otro las inocentes ovejas; el Señor, al declinar aquel gran día, dispondrá la separación de los buenos y de los malos. Fuera, fuera de aquí, perversos, que bastante tiempo habeis estado mezclados con los escogidos. Se acabó aquel tiempo, en que la humana distinción estaba á merced del orgullo y la prepotencia; ahora, no habrá ya otros distintivos que la virtud y el vicio. Esaú y Jacob, Saúl y Jonatás, Nabal y Abigail, Eplon y Lázaro, buenos y malos todos, vosotros estuvisteis un tiempo unidos con los vínculos de la sangre, de la amistad ó del orden social; fuisteis iguales ó subordinados unos á otros; mas, ya que fuisteis opuestos en las máximas y desiguales en las costumbres, id vosotros á la izquierda, y vosotros venid á mi derecha.

¿Cómo! ¿te vas? ¿te separas de mí, hermano mio?—Sí, nos separamos para siempre.—¿No volveremos á vernos más, mi querido amigo?—Nó, nunca más volveremos á vernos.—Ven, ven, hija mia, no abandones á tu madre.—Nó, madre, nuestra vida y nuestra suerte han de ser, desde ahora, eternamente diversas.—¿No me esperas, oh mi fiel criado? ¿huyes de mí, oh inseparable compañero? ¿me abandonais, oh antiguos clientes míos?—Callad, callad, protervos; quedaos con la ira de Dios.—¿Desdichados de nosotros, que atribuíamos la modestia de éstos á necedad, y creíamos, que tendrían un acabamiento oscuro é ignominioso! Vedles ahora triunfantes y colocados entre los escogidos y amigos de Dios.

Entretanto, ven elevarse y pasar por encima de sus cabezas, formando alegres grupos, la multitud de los escogidos: vírgenes, mártires, confesores, todos los buenos, en fin, radiantes de gozo y de divina luz, pasan sucesivamente y se colocan al rededor del trono del Altísimo. Por otra parte, la inmensa turba de los réprobos, amontonada y revuelta en lo más profundo del valle, se agita y clama desesperadamente, previendo la terrible suerte que aguarda; cuando el Juez eterno, blandiendo con tremenda mano la espada de la justicia, y volviendo sus airados ojos hácia los condenados: Ved aquí, dice,

aquellos malvados, que, menospreciando mi honra, me vieron hambriento en mis hijos, y no me dieron de comer; sediento, y no quisieron darme un sorbo de agua; desnudo, y no me dieron siquiera un harapo para cubrir mi desnudez; errante, desvalido, extenuado de fatiga, y ni tan solo me tendieron la mano, ántes al contrario, siempre se mostraron conmigo insensibles y desapiadados. ¡Traidores! ¿triunfaréis vosotros siempre? ¿no me vengaré yo de mis ultrajes? ¿no vindicaré mi honor? Sí, por el Dios que soy os digo, que os perderé á todos. Léjos, léjos de aquí, traidores. *Ite... Ite...* Pero, nó; ántes de pronunciar vuestra sentencia, quiero, que para mayor confusión y pesar vuestro, presenciéis el glorioso triunfo de los escogidos. Venid, venid, amadas almas mías, vosotras; que celosas de mi honra, me disteis de comer cuando tuve hambre, y de beber cuando tuve sed: vosotras, que inflamadas de amor para conmigo, cubristeis mi desnudez, consolasteis mi aflicción, compadecisteis y remediasteis todas mis necesidades: ya es tiempo de que os dé la recompensa que habeis merecido por vuestras virtudes. Venid, sí, hijas mías, venid á ocupar el lugar, que, desde el principio de los siglos, os tengo preparado en mi eterno reino... ¡Oh dulce consuelo! ¡oh inefable complacencia! Vosotras sereis todas mías, y yo seré todo vuestro, sin que nunca jamás asechanza alguna pueda alterar nuestro mútuo amor.

Luego, el Señor, mirando con faz risueña á los escogidos, y volviendo el severo semblante á la turba de los réprobos: éstos, proseguirá diciendo, éstos me ofendieron á mí, que soy su Dios, y á vosotros, que sois mis amigos: mucho tiempo disimulé por los fines que ahora sabeis; vosotros también fuisteis pacientes, dejando á mi cargo la venganza de tantos agravios. Mirad si sé tomarla cual cumple á la justicia y omnipotencia de un Dios... ¡Ea malvados! salid al punto de mi presencia, é idos al infierno, que os aborrezco, os abomino y os maldigo eternamente. Os maldice mi sangre, que profanasteis; os maldice la cruz, que escarnecisteis; os maldice la Virgen María, á quien contristasteis; os maldicen los santos, á quienes perseguisteis... Basta, basta ya de ultrajes y maldades, oh perversos, id, os digo, al fuego eterno. Y mientras tanto, los escogidos, felices y gozosos, á semejanza de los israelitas, cuando despues de haber traspuesto el mar Eritreo, contemplaban desde la enjuta orilla la total sumersión de sus perseguidores, claman con alegres voces: ¡Gloria al Dios justo! ¡gloria al Señor todopoderoso, que ha arrojado del trono á la infame meretriz, y ha aplastado bajo sus piés las soberbias cervices de los impíos! Ha caído, por fin, el orgulloso altivo Lucifer, y con él todos sus perversos satélites. Id, id, pues, á los abismos, á los tormentos

eternos, que así lo quiere aquél Dios, que, inexorable con vosotros, será eternamente objeto de nuestros cánticos de alabanza.

¡Oh! ¡cuál será la rabia y la desesperacion de los réprobos, al ver la alegría de los justos! Nosotros caemos, dirán, y Dios se rie de nuestra ruina! Nuestros gritos, nuestros gemidos de angustia, solo sirven para aumentar el júbilo de los santos!... ¡Bárbaro Dios!... ¡Santos crueles!... Maldi... Pero, de repente ábrese el cielo, y los escogidos, entonando alegres cánticos, vuelan á la gloriosa morada; hándese la tierra, y la turba de los réprobos, en revuelta confusion, se precipita en los infernales abismos... Cerrados están el cielo y el infierno: y yo ¿dónde estoy? ¿con quién hablo? ¿quién puede oirme ya?... Nada oigo... nada veo... nada siento... Clamaré en medio del universal silencio, y veré si alguno me responde. ¿Dónde estais, judíos, gentiles, ateos, herejes, cismáticos, apóstatas, incrédulos, libertinos, fanáticos, que negasteis ú ofendisteis al verdadero Dios?... Nadie me oye. ¿Dónde estais codiciosos y rapaces, lujuriosos y adúlteros, soberbios y ambiciosos, que todo lo subordinasteis á los deleites sensuales?... Nadie me responde. ¿Dónde estais, oh vosotros todos, que mezclasteis en horrenda confusion la penitencia y el pecado, la tibieza y el fervor, la piedad y la prevaricacion?... Ninguno contesta á mi voz. El mundo, trastornado é informe, me atestigua, que todos han sido sepultados en medio de las ruinas; indicio seguro, de que ha terminado el gran dia, dia de horrores, acusaciones y condenaciones; dia de espanto, de confusion y de terrible, lacrimosa é irreparable ruina. Todo es ya exterminio y silencio.

Coré, Datan y Abiron, provocaron al Altísimo, rebelándose contra Moisés, y usurpando las atribuciones sacerdotales; mas, hé aquí, que el Señor, resuelto á castigarles ejemplarmente, los separa del resto del pueblo; y tronando y relampagueando sobre sus tiendas aisladas, hace que la tierra los trague y el fuego los consuma. El pueblo, que reunido en los contornos, ve la terrible catástrofe, sobrecogido de horror y espanto, gime, suspira y llora; y cada uno, volviéndose á sus deudos, ¿quién sabe, dice, si la ira del Señor caerá tambien sobre nuestras cabezas? Huyamos, huyamos pronto de aquí, no sea que la tierra se abra y nos trague tambien á nosotros. Aprovechaos de este ejemplo, oh irresolutos cristianos. Pronto, pronto, desgraciados, arrepentíos, que el suelo tiembla y se abre. Huid las malas compañías, renunciad para siempre á unos goces falaces y efimeros, que, de otra manera, os acarrearán inevitablemente la muerte eterna.

¡Oh Redentor amoroso! nosotros esperamos obtener nuestra salvacion, no en el valle, sinó en el Calvario. Vednos postrados á vuestros

piés, miéntras dura vuestra clemencia, para evitar los golpes de vuestra implacable justicia. Por nosotros teneis impresas estas llagas, por nosotros derramasteis vuestra sangre, por nosotros ofrecisteis vuestra vida: sean, pues, estas llagas nuestro refugio, esta sangre nuestra purificacion, esta vida nuestra salvacion eterna. No será, nó, que querais perdernos, vos, que tanto habeis hecho y padecido por salvarnos. El corazon nos lo predice, vuestros lábios nos lo declaran, y una firme esperanza nos lo asegura. *Recordare Jesu pie, quod sum causa tuæ viæ, ne me perdas illa die.* Colocadnos á vuestra derecha en aquel dia terrible, para que seamos eternamente dichosos; que es lo que á todos deseo.

JUICIO FINAL.

II.

Tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate magna, et majestate.

Entónces verá el Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder, y majestad.

(Luc. xxi, 27.)

Si hay algun oráculo que deba aterrarnos, es el que acabais de oír; y entre todos los espectáculos capaces de hacernos temblar, no reconozco alguno, que, con el socorro de la gracia, pueda producir mociones más saludables en nuestras almas que el del juicio final, que la Iglesia expone hoy á nuestros ojos. No sucede con este oráculo lo que con las conjeturas humanas, cuyo cumplimiento es siempre incierto: está fundado sobre la palabra de Dios, que no puede faltar. El cielo y la tierra pasarán; pero, su palabra no pasará jamás. Debemos esperar ver su cumplimiento, como si lo viésemos ya cumplido.

En vano, pecadores, cerrais al presente los ojos para no ver á vuestro Salvador; vosotros le vereis entónces; pero ¿bajo qué cualidad le vereis? Como Hijo del hombre, es decir, como un Dios hecho hom-